

25.9.1998

ME PRESENTO A Maqroll el Gaviero, viajero trágico de Álvaro Mutis, camino de El Salvador en un pullman torpe en estas destartadas carreteras. El diario de Maqroll y otros papeles volanderos se suceden ante mis ojos atentos a sus desventuras, aunque perseguidores, de soslayo, del verdor selvático que amuralla la carretera. En su periplo identifico el mío, su viaje se convierte en mi viaje, sus reflexiones serán las mías cuando la osadía, el entusiasmo y aun la inocencia se conviertan, irreversiblemente, en desengaño.

Maqroll el Gaviero y Chatwin seguramente sean los dos mayores viajeros literarios de la segunda mitad de este siglo que muere. Nómadas, trashumantes, poetas. Su individualidad de un romanticismo trasnochado me resulta tan fascinante como impropia. Escribe el Gaviero que la tan llevada y traída solidaridad humana nunca ha significado para él nada concreto.

Cierro el libro. Medito sobre sus palabras. El autobús se está adentrando en el paso fronterizo de las Chinamas, río color de barro y tumulto de jóvenes que cambian quetzales por colones. Nada es concreto, ninguna palabra, ningún concepto. Tampoco la solidaridad puede serlo. La soledad debe ser aceptada como una sombra insobornable, pero no defendida como camino único hacia nosotros mismos...

Un niño de ojos saltones interrumpe mis triviales pensamientos. Sonríe como respuesta a mis bromas, alarga sus pequeñas manos hasta tocarme. Busco en mi mochila un caramelo; se lo doy. Hay alegría en su puño cerrado sobre el dulce tesoro. Se lo enseña a su madre y, acto seguido, me ofrece su biberón.

Me desdigo: la solidaridad sí puede ser algo concreto.

27.9.1998

LES HE ESCRITO a Meme, Brenda e Isabel un cuento titulado "El Cuentacuentos y las tres

princesitas". Anoche fuimos a ver, en el Teatro Nacional, *Sueño de una noche de verano*. A tres filas de la nuestra, una chica vestía una camiseta del Che y unos pantalones de guerrillero. Mis ropas prestadas y las de mis tres acompañantes parecían de otro mundo, donde el lujo se ha olvidado de la miseria. Después, fuimos a Mario's, la discoteca de moda en San Salvador. Tres princesitas y un cuentacuentos incapaz de imaginar la convivencia en un mismo país de dos mundos tan diametralmente opuestos. Niños descalzos versus niñas con chofer a bordo de la seguridad de un jeep.

Lección íntima que no debería olvidar.

8.10.1998

ESTOS DÍAS HE DEVORADO, más que leer, dos libros de Augusto Monterroso. La lectura de *Movimiento perpetuo* fue febril como mi estado, pero no tan interesante como la de *La letra e*, que tal vez me haya hipnotizado por su naturaleza de diario. Hace ya más de un año que empecé éste y no ceso de buscar modelos, referentes, fórmulas que lo inspiren, paciente impaciente de una crisis de personalidad (¿diario de viajes o personal o dietario o íntimo?), que pretende hallar su psicoanálisis en los que por otros fueron escritos.

En cualquier caso, esos fragmentos del diario que Monterroso llevó en los primeros ochenta me ha atrapado por completo. Recuerdos de Cortázar, declaraciones de amor a Nicaragua, ataques contra el asedio estadounidense ("¿Qué tiene de malo que Reagan fuera actor? Hitler era pintor"), mucha literatura sobre literatos y pinceladas sobre una Guatemala que le empujó al exilio.

22.10.1998

DOS CHICOS DESPIDEN, en la estación, a un tercero. Lo hacen con besos y movimientos de mano que significan adiós. Cuando sube al tren, le reconozco. En el instituto se le veía solitario. Recuerdo su figura -sola- en las escaleras de la Plaza del Ayuntamiento. Me olvido de él hasta que llegamos a Mataró. Observo las obras de la

estación, el mar iluminado por el puerto y el libro que ha estado leyendo durante el trayecto: *No digas que fue un sueño* de Terenci Moix. Entonces comprendo algunas cosas. Sólo algunas. No demasiadas.

12.12.1998

OTRO PREMIO LITERARIO. Piel que denotan aburguesamiento, rostros maquillados, sponsors, jurado, premiados, canapés, cava, refrescos y piña con jamón. Grupo de desconocidos que aplaude intermitentemente, por cualquier razón, como si los aplausos pagaran las viandas. En medio de tan solemne acto, un niño ha empezado a hablar en voz alta, interrumpiendo las palabras de uno de los miembros del jurado, como el del cuento al denunciar que no existía el tan anunciado traje nuevo del Emperador.

5.1.1999

CAFÉ BALTO. Bebo una copa de Sauvignon blanco. A mi derecha, una singular pareja charla en inglés. Ella es muy guapa. Viste de gris, como si un volcán hubiese teñido su ropa de ceniza. Tiene unos labios perfectos, rojísimos, que se beben el último trago de vino. Él es mucho mayor, pese al foulard de colores, pese a la camisa violeta. Hay canas en su pelo rizado. En silencio, me inmiscuyo en su conversación. La escucho. Me gustaría besarla. A él también. Por éso ha mandado traer otra copa de vino rouge como sus labios. Brindan. Ella enciende una cerilla, el brillo le ilumina fugazmente el rostro. Fuma sin prisa; con el dedo corazón de la otra mano acaricia el borde circular de la copa. Me he olvidado de él, soy consciente. Ella es más atractiva. Si no la entiendo mal, tiene veintiún años. Parece española. Habla de su novio francés. Sobreviene el silencio. Continúan hablando al cabo de un rato. El tema es París. Coincide con el mío (sin más interlocutor que este papel que pierde su blanco y que esta copa de vino que se ha quedado vacía).

7.1.1999

UNA TUMBA. Un rectángulo de mármol partido en dos mitades, como dos casillas de una misma rayuela. Carol Dunlop y Julio Cortázar. Dos rosas, amarillas y mustias, evocación, gotas de lluvia, nostalgia, algunas palabras improvisadas en tickets de metro, una flor dibujada con piedrecitas, fechas de nacimiento y de muerte. En mis manos muere Rocamadour, en una tumba de papel impreso. Una mujer limpia, a pocos metros, la lápida de su marido. La lluvia ha convertido en barro el suelo del Cementerio de Montparnasse. Llega una chica que andaba buscando lo mismo que yo. Enciende un cigarrillo. Me voy con las manos llenas de humo.

24.3.1999

EL VIERNES PASADO murió José Agustín Goytisolo.

Su cuerpo permaneció durante media hora tendido sobre el asfalto, cubierto por una manta de plástico.

Hoy la televisión divide su interés entre homenajear al poeta y retratar ese ataque americano a Yugoslavia que los medios de comunicación han tornado inverosímil.

Un e-mail me comunica, a última hora de la tarde, que ha muerto uno de mis alumnos de Guatemala en un accidente de moto.

En el cielo del televisor, aviones militares lloran *misilestomahawk*.

7.4.1999

UN PESO EN EL MUNDO de José María Guelbenzu es uno de esos libros que te empujan a pensar. Sobre el mal, por ejemplo. El personaje femenino recuerda la primera vez que tocó el rostro del lado oscuro. Se ensució el vestido y dijo que había sido su primo el autor de la fechoría, éste recibió el castigo correspondiente y

la acusación de mentiroso al reivindicar su inocencia. Muchas veces he pensado en la primera vez que hice el mal a sabiendas. Estaba en unos campamentos de verano, tendría unos seis años. Uno de los juegos consistía en, por equipos, llenar unas bolsas de la basura que encontraríamos en el bosque. Quien reuniera mayor cantidad sería el ganador. Nos advirtieron de que no metiéramos piedras (la cantidad se medía por el peso), pero yo metí una. Fue un acto inconsciente, de alguien que quiere ganar y no se cuestiona los procedimientos. Un monitor descubrió la trampa y mi grupo fue descalificado. Nadie sospechó de mí. No confesé. Hasta muchos años más tarde no fui consciente de lo que hice. Desde entonces, viene a mí cada vez que me comporto como un cobarde.

13.5.1999

CONSTATAS QUE ESTE DIARIO huye de lo auténticamente cotidiano.

Ninguna anotación, en estas páginas, de cómo Carmen va creciendo (ha cumplido doce años), y la música que escucha ya es la tuya y sus manías ya son las de una adolescente. De cómo Javi trata de encontrar su propio equilibrio y sacarse una carrera que a todos ha sorprendido. De cómo tus padres luchan para sobrevivir al drama de la abuela, que ha vuelto a casa después de varios días en el hospital. Ninguna referencia a esos kilos de más que te preocupan intermitentemente, cuando te duchas, cuando te cambias. Ni una sola mención, después de siete meses, tampoco, a las clases que das tres veces por semana, a esos tenistas que tras cinco o seis horas de entrenamiento te escuchan o tan sólo lo aparentan. Ése es un elemento importante de tu devenir cotidiano, pero no lo has mencionado, como no mencionaste tus primeras clases, en Guatemala, de lunes a viernes, entre viaje y viaje, entre sorpresas de todo tipo que sí encontraron su espacio en estas páginas. Ahora estás al otro lado de la tarima, en el de la autoridad (aunque relativa). Desde allí el mundo empieza a verse de otra manera. La del profesor, la del adulto. Aunque la actitud de alguna alumna -su insolencia, su descaró- te recuerde aquellas páginas febriles de *Lolita* que leíste fascinado y su mirada signifique un atisbo de transgresión, de pecado.

6.6.1999

LECTURA APASIONADA de *Los Goytiso* de Miguel Dalmau. Cierta nostalgia de aquellos años en que escribir significaba inconformismo y la política, motor de cambio. Atracción por un malditismo que, en tu caso, estás probando en pequeñas dosis, sin comentarlo con nadie, sin atreverte a escribir sobre ello. Recuerdo paradójico, inexplicable, extraño, maldito de Sara, la noche del miércoles. Necesidad profunda de empezar a definir tus propias señas de identidad.

14.11.1999

AYER, MIENTRAS BAILABA o bebía o charlaba, la imagen de Laura aparecía ante mí, eclipsando el pub y la gente y los besos que yo le daba a otra, sin sentirlos, besos muertos antes de abandonar los labios, mucho antes, besos cobardes, besos inertes, besos fósiles desde el principio de los tiempos, besos enlutados, besos tristes, cualquier cosa menos besos. Pienso en anoche escuchando el último disco de Sabina: "esta vez yo quería quererla querer y ella no". Tiene razón esa voz de pana gastada: ayer regresé "a la perdición de los bares de copas"; necesitaré para olvidarla "diecinueve días y quinientas noches".

25.1.2000

NI BAJANDO LAS PERSIANAS consigo hacerme con la atención de la clase de cuarto de ESO. Está nevando. Mi voz y las fotocopias de Zola han perdido todo el interés. Copos gruesos pero volátiles que el suelo derrite al instante. Más tarde, al acabar la clase de literatura contemporánea, Verónica recuerda alguna nevada pretérita con una frase cargada de connotaciones: "todo estaba nevado, se colapsó todo el acceso y se formó unacaravana de Mercedes en la puerta del colegio...". Mañana, algún diario publicará en portada la fotografía de esta nevada que sólo ha afectado a la parte alta de Barcelona. Jardines forrados de blanco, montañas y fincas decoradas de invierno. Hasta el tiempo atmosférico favorece siempre a los mismos.

20.4.2000

KIRCHE AM STEINDOF. 12.15 a.m. Un hombre sostiene una cerveza y en ese acto (la mano que sostiene la botella) se observa una locura incómoda: varias cicatrices largas como gusanos recorren sus brazos. Cicatrices. Gusanos. Automutilación. Intentos de suicidio. Enajenación que incomoda, por el aire enrarecido de una terraza decadente, por la ausencia de turistas dispuestos a pagar el peaje del manicomio para ver el edificio de Otto Wagner. (He escrito manicomio: no creo que haya aquí lugar para lo políticamente correcto). A la salida, el hombre de las cicatrices está apoyado en la barra de un quiosco. Otro ocupa su lugar. Se levanta. Es un individuo obeso, embutido en un chaquetón azul marino. La capucha -parcialmente bajada- no alcanza a ocultar un bulto de unos cinco centímetros de diámetro que hay en su cabeza. Es un tumor.

8.6.2000

EL SÁBADO PASADO, Cayetano (el vecino del quinto segunda) me contaba que, cuando él era niño, desde aquí arriba se veían un sinfín de huertos, la playa, el castillo de Montjuich, la costa que se alargaba hasta Mataró. Debía ser aquel Mataró en cuyas aguas se estrellaban aviones nazis, como recuerda y refiere Marsé en *Rabos de lagartija*. Este edificio de Gracia ha perdido su unidad burguesa para convertirse en un bloque de pisos, tan común como los que le circundan. Sin embargo, sentado en la azotea, aún alcanzo a ver algunas torres (¿o son grúas?) de la Sagrada Familia, la silueta del Port Vell, el Palacio de Montjuich, el contorno que aparece en los tiquets del Tibidabo. Se oye música de piano, pájaros, motores; aunque todo parezca inmóvil, se adivina una agitación que habita cinco pisos más abajo. Arriba, sólo el viento que baila -lento- con la ropa tendida o un avión que inicia el ritual del aterrizaje o un pájaro que se desdobra en sombras.

18.7.2000

MIENTRAS ESPERAMOS la llegada de un autobús, una pareja de policías se nos acerca y comienza a hacernos preguntas. De hecho, quien toma la palabra es el más bajito de los dos. Jennifer se esfuerza en parecer simpática en sus respuestas; yo me fijo en su cinturón: es de cuero, lleno de cenefas, de él penden una pistola y otras armas, más pequeñas, desde gases lacrimógenos hasta herramientas de represión menos vistosas, ocultas en cinco fundas también de cuero labrado. Antes de irse, y de dejar en el aire de nuestro alrededor una sensación incómoda, como de humo contaminado, me pregunta de dónde soy y si me han arrestado alguna vez (ya lo puse en el cuestionario del avión: no me drogo, no tengo ninguna enfermedad mental, no soy terrorista internacional, no participé activamente en la segunda guerra mundial y nunca me han detenido).

29.7.2000

MI PRIMERA IMPRESIÓN de Guanajuato, Manóche, no pudo ser más desfavorable. Llegué a las once y hube de caminar durante casi una hora bajo la lluvia, para encontrar al cabo una habitación de hotel claustrofóbica, pintada de amarillo, de paredes permeables al vocerío del vecindario. Pese a todo, he dormido bien. En el mercado, he pedido un licuado de manzana, al lado de un cantante que acompañaba su música con una botella de plástico vacía, entre niños que me pedían los restos de la bebida. Después, he empezado a vagabundear por esta pequeña ciudad desnivelada, de callejones estrechos, que se ondulan para desembocar en arcos, pasajes, pequeños túneles, cúpulas, jardines, plazas, basílicas, miradores. De hecho, cada rincón de su topografía es un mirador, desde donde puedes enfocar el contraste de colores, los juegos del claroscuro, un farol, una estatua, unas manos, una mirada.

6.8.2000

POLHÓ, PUEBLO ZAPATISTA en rebeldía. No me dejan entrar (cesó de insistir y de argumentar cuando veo que al muchacho se le están saltando las lágrimas: la sinrazón del soldado que obedece órdenes). Me siento en un banco. A mi lado, dos hombres hablan en náhuatl. Tras de mí, un grupo de mujeres teje, silenciosamente, en la sombra de un cuarto desprovisto de la cuarta pared. Observo la puerta de madera y alhambre espino que bloquea la carretera. Nadie puede entrar, ni la policía. Son una red de pueblos al margen del estado. Para sobrevivir, deben barrarles el paso a individuos mal identificados como yo.

10.8.2000

DADO QUE RESULTA imposible respirar cerca del cráter, por las emanaciones de azufre, desciendo unos metros y me siento junto a una pareja de guías. Uno de ellos se llama Virgilio. Estos parajes de piedra volcánica serían las ilustraciones perfectas de una edición del *Infierno*, pienso mientras compartimos unas galletas. La mirada de Lon, una chica holandesa de magnéticos ojos azules, debe ser como la de Beatriz. De regreso, por la ladera del Pacaya, la niebla borra la realidad y aparecen unos centauros. Después de un pestaño, se convierten en caballos, igual de inverosímiles a más de dos mil metros de humo y altura.

13.8.2000

ANOCHE, EN LA DISCOTECA de la playa, el camarero del restaurante donde chequeé mi correo electrónico me saludó. Es un chico de unos diecisiete años, el pelo corto y moreno, los ojos aindiados. Le pregunté dónde estaba su novia; me respondió que en casa. ¿Y la suya?, dijo poniéndome las manos en la cintura. Finalmente, me propuso que si yo no encontraba a nadie, contara con él. Así comenzaron muchas de las noches de Gil de Biedma en Filipinas, pensé, entre gente similar y calores parecidos.

18.10.2000

DOS NIÑOS de unos doce años, en el vestuario de la piscina:

- ¿Qué ordenador tienes?
- Uno muy antiguo.
- ¿Cuál?
- Un 4.86. Algo así como de la prehistoria.
- ¿Como los que hay en el colegio?
- Sí, sí, como los del colegio.

(Baltasar Gracián, en su *Oráculo manual y arte de prudencia*, hace ya tres siglos: "más se requiere hoy para un sabio, que antiguamente para siete; y más es menester para tratar con un solo hombre en estos tiempos, que con todo un pueblo en los pasados".)

27.12.2000

LA HABANA. De madrugada. Puerta de la discoteca Amanecer. Dos hombres discuten, aunque sólo uno grita. Los porteros los separan con empujones suaves. Él sigue gritando; desaparece entre los automóviles aparcados; regresa, si cabe, más excitado. En la mano derecha, la hoja oculta tras el antebrazo, lleva un machete de unos cuarenta centímetros. El metal está corroído por el óxido. Ten cuidado comingo, dice, soy un salvaje.

1.1.2001

ABANDONO LA FIESTA de disfraces con la certeza de que estas máscaras multicolores y estos vestidos de mujer hubieran hecho las delicias de Reinaldo Arenas. La Habana es, de por sí, una ciudad ruidosa, pero ahora la música brota de aquí y de allá con especial virulencia; sin embargo, no hay nadie en las calles, sólo un frío inesperado, como de despedida. En el Malecón, camino sin más compañía que la de las olas que estallan *in crescendo*. Me pregunto si habrá en esta ciudad alguien que haya optado por una forma tan silenciosa como la mía de recibir el nuevo año. Entonces, sentado frente al mar, veo a un hombre que habla solo; al acercarme, compruebo que su interlocutor es un micrófono: está grabando su voz, el rumor del Atlántico al fondo, a las tres de la mañana. Es imprescindible hallar tu modo personal de dar las bienvenidas, supongo. Bostezo.